



Mi Vida en los Estados Unidos

por
DESI ARNAZ

¿Ha pensado alguna vez en la maravilla de vivir en un país rico y feliz donde abundan las oportunidades de triunfar? Mi historia es una aventura tan emocionante como increíble. Llegué a la Florida sin un centavo. Tenía dieciséis años y huía de la revolución que acababa de estallar en Cuba. Mi porvenir no podía ser más sombrío, pero encontré oportunidades, confianza, éxitos y facilidades y además... a Lucy Ball...

Sin embargo, una mañana de 1933 escuché a gran distancia numerosos disparos. A poco apareció por el camino una multitud como de setecientas personas, avanzando en dirección a nuestra casa. El movimiento revolucionario contra Machado mantenía desde tiempo un gran agitación a todo el país. Mi padre se hallaba en La Habana

y yo que sólo tenía diez y seis años me encontraba con mi madre en la hacienda.

La multitud entró en nuestros predios dándole muerte al ganado y quemando las casas. Me fui al garage mientras mi madre recogía quinientos pesos que era el único dinero en efectivo que teníamos en la casa. De paso cargó a nuestro perrito chihuahua, reuniéndose conmigo instantes después. En uno de nuestros automóviles logramos salir a la carretera y alejarnos del lugar que se había hecho en extremo peligroso. Cuando nos atrevimos a detener la carrera y mirar hacia atrás, nuestra casa ardía con todos los muebles. Momentos más tarde la vimos derrumbarse.

Mi madre exclamó muy emocionada: "Dios nos ayude. Nunca llegaremos a La Habana."

En la capital teníamos parientes, pero el viaje fué una pesadilla. Coloqué en el radiador del automóvil una bandera de la Junta Revolucionaria y dondequiera que nos encontrábamos tropas dispuestas a matar a los patricios, le dejaba el timón a mi madre y asomándome por la ventanilla gritaba: "Viva la Revolución". De ese modo llegamos a La Habana, donde una de mis tías que vivía en los suburbios nos escondió en su casa. Al principio no pudimos saber qué le había ocurrido a mi padre. Lo cierto era que había desaparecido.

De un solo golpe, nuestra vida cambió totalmente. Toda Cuba era un caos. De doscientas a trescientas bombas explotaban todos los días. Vi arrastrar a algunos hombres amarrados a la cola de caballos, sufriendo una muerte espantosa y vi también matar a otros con barras de ametralladoras.

En casa de mi tía supimos por fin que mi padre había sido encerrado en el castillo del Morro con todos los miembros del senado cubano.

Seis meses más tarde cuando lo pusieron en libertad porque había permanecido neutral y los Estados Unidos exigían que cesara el derramamiento de sangre, nuestros quinientos pesos se habían gastado casi enteramente. Mi padre nos dijo que todas nuestras propiedades habían sido confiscadas y nos veía-

"En Cuba era el hijo único de un rico aristócrata. El mundo parecía hecho para mí. Tenía cuanto se me antojaba..."

SOY un americano adoptivo que ha recibido muchos regalos maravillosos de este país. Entre los más importantes entre cuantos me han hecho los Estados Unidos debo mencionar el que me hizo reconocer mis deficiencias y me enseñó a pararme con los pies en la tierra y aceptar las responsabilidades que me correspondían.

Muchas personas que no conocieron a Desi Arnaz en otros tiempos, piensan que cuando acabo de decir son cosas imposibles. En Cuba yo era el hijo único de un rico aristócrata. El mundo parecía hecho para mí. Cuanto se me antojaba lo tenía. Ambición, incentivo, oportunidad, apreciación de lo que realmente poseía nada significaban para Desiderio Alberto Arnaz y de Acha III (este es mi nombre completo) hijo único de un senador cubano que fué también alcalde modelo de Santiago de Cuba, cuyas tres haciendas no podían recorrerse en un día aun cabalgando en el mejor caballo. Mi madre, Dolores Acha, figuraba entre las diez mujeres más encantadoras de América Latina.

A los diez y seis años yo tenía una lancha, un automóvil, y una mesa en los principales night-clubs. Desde que nací en Santiago de Cuba, en 1917 hasta el momento en que las circunstancias cambiaron por completo mi situación, no supe lo que eran preocupaciones. Mi porvenir estaba asegurado, brillantemente asegurado. Mis padres habían decidido matricularme en la Universidad de Notre Dame en Indiana para que estudiara leyes y como hijo de un político prominente, cuando regresara con mi título encontraría abiertas todas las puertas para triunfar en la vida.



en el fondo yo sabía que no podía vivir sin Lucy ni ella sin mí. Entonces se nos ocurrió una idea magnífica.



Esta foto es de 1940. Desi Arnaz carga a la novia a través del dintel. La novia es, desde luego, Lucille Ball, la de los ojos asombrados.

mos obligados a abandonar nuestra patria.

Hizo planes para el futuro. Debido a nuestra carencia de dinero mi madre debía quedarse en Cuba, escondida en el hogar de mi tía, mientras él embarcaba para la Florida donde tan pronto encontrara trabajo volveríamos a reunirnos.

A principios de 1934 llegué a la Florida. Estaba destinado a conocer lo que realmente significa la democracia americana. Iba a aprender por el camino más difícil.

Mi primera impresión de los Estados Unidos fué desilusionante. Mi padre me llevó a la miserable habitación que había alquilado en las afueras de Miami. No tenía trabajo y sus alimentos consistían en latas de judías en conserva que calentaba en un reverbero en su cubículo. Me dijo en tono amargo: "Somos refugiados y tenemos que vivir peor que el peón más pobre de Cuba. Aquí no hay trabajo para los refugiados."

Con objeto de ahorrarnos los cinco pesos de la destaralada habitación nos mudamos a un almacén donde no había calefacción pero sí millones de ratas. En aquellos días consideré imposible que pudiéramos sobrevivir en los Estados Unidos. ¡Todo me parecía tan grande, tan frío y había una competencia tan enorme...

A medida que comenzamos a luchar para vivir, aprecié que no

existen líneas divisorias entre las clases sociales. Había millones de individuos que poseían lindas casas, automóviles y cuantas cosas hacen agradable la vida. Cada hombre era igual a su vecino. Me maravillaba la existencia de un sistema que permitía a tantos tener tantas cosas.

Hoy lo conozco mejor. Y le estoy agradecido a Dios por las oportunidades que me ha dado. Me siento humildemente orgulloso de formar parte de un país de abundancia. Empero, debo reconocer que me llevó mucho tiempo darme cuenta que yo podría formar parte de esta población, pero ahora me siento mucho más feliz y más seguro que cuando era un aristócrata.

Mi primera lección sobre el modo de vivir americano la recibí una mañana cuando ví a un hombre trabajando en el patio del fondo de su casa. Estaba construyendo una pajarera. Yo tenía hambre y como no sabía hablar en inglés, traté de explicarle por medio de la mímica que quería trabajar. Me contestó que lo sentía mucho pero que nada podía hacer y que siguiera mi camino. En ese momento su esposa salió al patio. Era una cubana casada con un americano y había oído nuestra conversación; intervino en mi favor y su marido me colocó para que atendiera a varios centenares de canarios. El negocio

(Continúa en la Pág. 82)



Desi Arnaz en la intimidad. Lucy carga al pequeño Desi que viste sweater con el nombre "Habana" tejido en el mismo y Desi abraza a Lucie Desirée.



Desi contempla un cartel en que se anuncia la aparición en persona, de la más famosa pareja de la televisión en la escena de Broadway.

CUAJANI JORDAN (Etiqueta Azul)

Calma la tos - Expectorante

BAJA DE PRECIOS: Fr. Gde.: \$1.00 - Fr. Chico: 50.60.

decidió que lo mejor era suprimir el tal chifido para evitar complicaciones... Un nuevo "romance": el del tenor Pino Baratti y la escultural modelo y ballarina "Sarita" Corona. Dicen que la boda se se hará esperar...

MI VIDA EN LOS... (Continuación)

de este hombre consistía en vender canarios a las droguerías de Miami, cobrándolos a \$25... con su jaula. Mis funciones consistían en limpiar las pajareras. Me pagaban 25 cts. por cada jaula. Mi padre y yo vivimos del producto de este trabajo durante varias semanas.

Unos quince días más tarde recibí mi segunda lección de la vida americana. En un momento en que volví la espalda para hacer no sé qué cosa, se escapó uno de los canarios. ¡Un cliente había abierto la jaula! El dueño del negocio se indignó porque le había hecho perder diez pesos. Me dejó cesante.

Nunca había sentido un deseo mayor de hablar inglés para contestar sus groserías. También sentí el deso de darle un puñetazo en la nariz. Pero me contuve.

Antes de que hubiera acabado de recoger mis pertenencias, el cliente causante del desastre acudió en mi auxilio. Le dió diez pesos al dueño del establecimiento, contándole lo que había ocurrido. Al marcharse me hizo un guiño significativo de que todo se había arreglado favorablemente. En efecto, no tardé en recibir excusas y todo quedó como si nada hubiese pasado.

Me pareció algo asombroso que un desconocido hubiera actuado en tal forma en defensa de un muchachón al que nunca había visto. Me sentí muy confortado. Poco después entré en un restaurant ordenando la primera comida que hice en ese país. Como no entendía el menú, señalé tres platos que resultaron

tres sopas distintas. Me las trajeron. Cuando las vi pensé que la camarera se reiría en mi cara. Pero no lo hizo. Permaneció muy seria como si mi orden fuese la cosa más corriente del mundo. Cuando se lo conté a mi padre, me dijo muy seriamente:

Desí, los americanos tienen un gran sentido humorístico, pero no se burlan de las personas que incurren en errores por desconocimiento. Poco a poco irás comprendiendo a este gran pueblo.

Antes de que tuviera tiempo de aprender más de la vida en los EE. UU. los agentes de inmigración se inmiscuyeron en nuestros asuntos, advirtiéndonos que no podíamos trabajar porque habíamos entrado en el país ilegalmente y no teníamos el derecho de los residentes. Debíamos salir de los Estados Unidos durante seis semanas y regresar con nuestros papeles en regla.

Era un ultimatum imposible de cumplir, ya que teníamos que trabajar para comer y nos faltaba el dinero para hacer el viaje. Mi padre insistió en que nos hicieran alguna concesión pero nada logramos por el momento.

Se me ocurrió sugerirle a mi padre que hablaba inglés, que gestionara un permiso para mí a fin de que yo pudiera seguir trabajando en la limpieza de las jaulas y con el producto de esta labor financiar su viaje. Luego cuando él hubiese vuelto me iría yo. Mi padre les dió su palabra de honor que cumpliríamos al pie de la letra la proposición que le hacía.

El funcionario que nos atendía, reflexionó largamente antes de darnos su respuesta. Para él, éramos dos individuos insignificantes, anónimos, pertenecientes al gran montón. Sin embargo, su reacción no pudo ser más generosa. Nos dijo que dejaríamos el asunto de los canarios durante algún tiempo, para cumplir con la ley que lo obligaba a actuar y que luego siguiéramos adelante.

Este incidente cambió el curso de mi vida. La actitud del funcionario de inmigración nos dió nuevas esperanzas. Mi padre se fué a Puerto Rico donde tenía amigos. Estuvo allí seis semanas, arregló sus papeles, y volvió a entrar en los Estados Unidos. Esta vez en forma legal. Yo en tanto seguía con los canarios hasta que mi padre regresó. Entonces hice un viaje a Cuba, le aseguré a mi madre que estábamos bien y regresé a Miami con mis documentos en orden.

A contar de mi vuelta a la Florida me sentí más confiado en el porvenir, más seguro. Había encontrado espíritus generosos en quienes no nos conocían. Comencé

a darme cuenta que me hallaba en una tierra de oportunidades. Desiderio Alberto Arnaz y de Acha III murió en ese momento. A partir de ese momento soy simplemente, sencillamente Desi Arnaz. Empero, si alguien me hubiese dicho entonces que sería invitado a comer por el presidente de los Estados Unidos en la Casa Blanca, habría dicho que era una locura pensarlo y también hubiera contestado del mismo modo si me hubiesen augurado que a los 28 años de edad, ganaría doscientos cincuenta mil pesos anuales con mi propia banda. Como se recordará, en 1953 mi esposa y yo, conjuntamente con Vivian Vance y Bill Frawley que actúan en "I love Lucy" fuimos invitados a comer con el presidente Eisenhower, que es un fanático de este programa. Entre otros invitados a esa comida conocí al cantante hebreo Eddie Fisher y al pelotero negro, Jackie Robinson.

En el curso de la comida le conté al Presidente que cuando comenzamos a presentar "I love Lucy" los expertos insistieron en decirnos que el programa sería un fracaso. Aseguraban que un hombre con acento extranjero no gustaría interpretando el papel de un marido americano. Mr. Eisenhower me contestó:

—También en Kansas decían que yo nunca llegaría a ser Presidente de la República. Y ya usted ve. ¡Dos milagros!

Pero mi milagro no se produjo de la noche a la mañana. Durante dos años viví como se dice corrientemente de la mano a la boca. Mi padre reunió algún dinero conjuntamente con otros exilados cubanos para establecer la Pan-American Export and Import Co. La empresa tenía un nombre grandilocuente, pero en realidad era poca cosa. Yo manejaba el único camión que poseía la firma. Embarcábamos plátanos, pero teníamos que vender un cargamento para poder comprar otro. Finalmente llegó un embarque con todos los frutos podridos y la compañía quebró.

Afortunadamente aun cuando en Cuba yo había hecho vida de un muchacho rico, mis padres jamás de dejaron haraganear. En nuestra hacienda mi padre siempre puso buen cuidado en que hiciera algo de provecho. No quería vagos. No quería perezosos. Entre los trabajos que tenía a mi cargo era el de ordeñar las vacas y ayudar en la recolección de cosechas. Estos trabajos y la cultura física en la que pusieron el mayor interés, me hicieron un hombre fuerte físicamente. De modo que cuando fracasó la flamante empresa de exportación e importación en lugar de perder el tiempo en lamentaciones, decidí hacer cuanto pudiera para salir de

las dificultades. Me fui enseguida al Jai Alai de Miami solicitando trabajo en la banda de música. En Cuba donde todo el mundo es músico, yo había aprendido a cantar como aficionado y tocaba la guitarra bastante bien.

El administrador del Frontón me preguntó si sabía tocar el "drum". Le dije que sí. Fué una mentira excusable dadas las circunstancias. Esa misma noche toqué desesperadamente el "drum" durante la marcha a cuyos compases entran en la cancha los pelotarios. Después de esta aventura se me ocurrió que podría encontrar trabajo como cantante de orquesta en algún café de los muelles. Lo conseguí. Me pagaban un peso por noche y además hacía bastantes propinas. Pero no duré mucho. Tuve la ocurrencia de cantar "Luna de Miami" y los clientes comenzaron a tirarme saleros.

El "manager" me dijo: "Mientras no aprendas inglés te va a ser imposible trabajar. ¿Por qué no vas a una academia?"

Pensando en lo que cuesta una educación privada en Cuba, le contesté que no tenía con qué pagar las clases. Me explicó que allí podía estudiar sin que me costara un solo centavo, pues hasta facilitan los libros.

Para mí la escuela pública americana es magnífica. Asistí a la de San Patricio, en Miami. Un High-school en cuyas aulas se codeaban los hijos de los millonarios con los de los desheredados de la fortuna. El sentido del "juego limpio" americano se me hizo claro cuando descubrí que el alumno más estimado era Sonny Capone, el hijo del notorio Al Capone. Nadie los juzgaba por lo que él no podía evitar, sino por su propia conducta. De acuerdo con la costumbre, en el acto de graduación cada alumno debía escoger a su condiscípulo más íntimo para que lo acompañase al altar donde le entregaban el diploma. Cuando me gradué, escogí a Sonny Capone.

Mi esfuerzo para aprender el idioma del país fué recompensado casi inmediatamente. La orquesta que ejecutaba rumbas en el Hotel Rodney-Plaza necesitaba un guitarrista-cantante. Estábamos en 1937 y yo tenía veinte años de edad. Con un traje de etiqueta prestado llegué al hotel una noche para cantar a prueba. Asustado, temblando, canté mi mejor número: Babalú. Antes de que hubiese terminado, el público me apaudió frenéticamente, como si el propio Bing Crosby se hubiera aparecido de súbito.

Me quedé estupefacto hasta que vi entre el público a mis condiscípulos de San Patricio que habían traído a sus padres para ayudarme con sus ovaciones.

Tos del ASMA

Una medicina nueva llamada Mendace, que actúa rápidamente, y que se toma en forma de tabletas, comienza casi instantáneamente a combatir la tos, los ahogos, y las dificultades en la respiración causados por el Asma y la Bronquitis. Mendace actúa a través de la sangre, y en esa forma llega a los pulmones y los bronquios, donde trabaja de 3 maneras distintas para ayudarte: 1. Disuelve y remueve la substancia mucosa que le ahoga. 2. Alivia rápidamente la tos y los ahogos. 3. Le ayuda a respirar fácil y libremente, para que pueda dormir bien y disfrutar de la vida. Entonces, Ud. rápidamente gana nuevas fuerzas, energía y vitalidad. Obtenga Mendace en la botica hoy mismo. Le garantizamos que rápidamente quedará completamente satisfecho.

